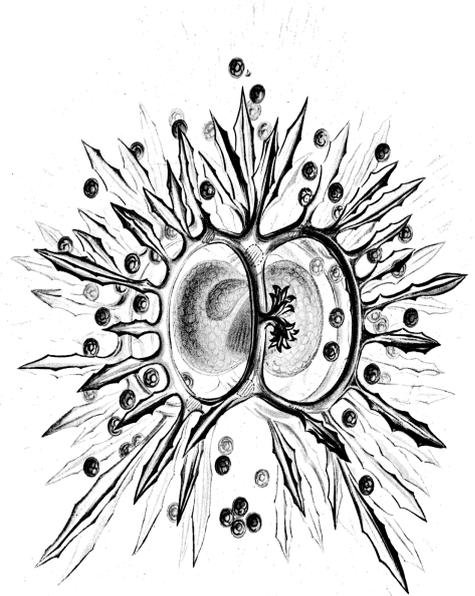


*Yo amo una sola cosa y no sé lo que es.
Y porque no sé lo que es, por eso la he escogido*

Angelus Silesius, S. XVII

LA CONTEMPLACIÓN DE UNA ESCENA EVANGÉLICA

Hay muchas maneras de acercarse a un pasaje del Evangelio desde la oración. Una de ellas es la que podríamos llamar "contemplación pura". Una aproximación sin ninguna intención explícita: simplemente miramos. No es fácil, porque estamos demasiado acostumbrados ante una escena, a interpretar, juzgar, escuchar, sacar conclusiones, moralizar, etc. En este caso se trataría de una contemplación muda, sin palabras ni pensamientos. Es una contemplación muy cercana al silencio que preside siempre la oración contemplativa.



Por supuesto, el punto de partida es la visualización a ojos cerrados de alguna escena o situación descrita por el evangelio o sugerida por el mismo. La imaginación, en este caso, tiene un papel importante que jugar. Es más fácil si nos fijamos en un instante determinado más que en una escena entera, en una parte más que en el todo, en aquello que, aunque no está detallado por el autor bíblico, sostiene toda la escena: Jesús sentado en un rincón de la casa explicando a los amigos las parábolas, la mujer cananea en el momento de tocar el manto del Maestro, Jesús paseando a la orilla de lago observando a los pescadores recoger sus redes, etc.

Como decíamos, en este particular forma de orar no intentamos extraer de la escena consecuencias para la vida, ni meternos nosotros dentro de ella con nuestras palabras, ni siquiera conectar con los sentimientos de los personajes. Todo esto está muy bien, y habrá que hacerlo en otros momentos. Aquí se trata simplemente de dejarse atrapar, arrobar, embelesar, contemplando sin más lo que nuestra imaginación ha recreado. Una mirada contemplativa que es cercana a la mirada de la obra artística, cuando tratamos no tanto de comprenderla, cuanto de dejarnos envolver por el gozo estético.

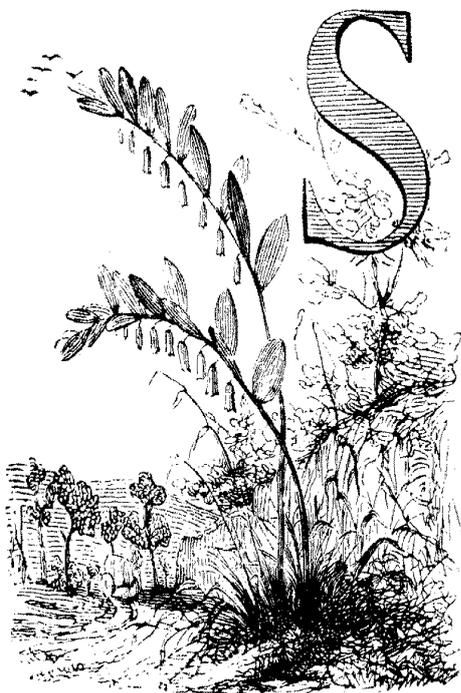
Este acercamiento contemplativo expresa un enorme respeto hacia lo observado. La escena no es nuestra, no deseamos manipularla, ponerla a nuestro servicio, acomodárnosla, por muy buenas intenciones que tengamos. Simplemente queremos callarnos ante ella, reconocer que no tenemos palabras que decir ante el misterio divino que en ella se manifiesta. De algún modo, contemplamos la escena como se contempla a Dios mismo. Callamos y nos dejamos atrapar por este misterio con ciega confianza en su poder transformador.

GUÍA ESPIRITUAL

Miguel de Molinos

(Selección de los capítulos IV-VII)

Alianza Editorial, Madrid, 1989.



abrás que hay dos maneras de oración, una tierna, regalada, amorosa y llena de sentimientos; otra oscura, seca, desolada, tentada y tenebrosa. La primera es para principiantes, la segunda de aprovechados y que caminan a ser perfectos. La primera, la da Dios para ganar a las almas, la segunda para purificarlas. Con la primera los trata como a niños y miserables, con la segunda los comienza a tratar como a fuertes.

Asegúrate que la sequedad es el instrumento de tu bien, porque no es otra cosa que la falta de sensibilidad, rémora que hace detener el vuelo a casi todos los espirituales, y aun los hace volver atrás, y dejar la oración, como se ve en muchísimas almas que perseveran sólo mientras gustan el sensible consuelo.

Sabe que se vale el Señor del velo de las sequedades para que no sepamos lo que obra dentro de nosotros, y con eso nos humillemos; porque si sintiéramos y reconociéramos lo que obra dentro de nuestras almas, entraría la satisfacción y presunción, pensando que hacíamos alguna cosa y entendiendo estábamos muy cerca de Dios, con lo que nos vendríamos a perder

Asienta por cierto en tu corazón que se ha de quitar primero toda sensibilidad para caminar por el interior camino, y el medio de que Dios se vale son las sequedades. Por éstas quita también la reflexión o vista con que mira el alma lo que hace, único embarazo para pasar adelante y para que Dios se comunique y obre en ella.

No debes pues afligirte ni pensar no sacas fruto por no experimentar, en saliendo de la comunión u oración, muchos sentimientos, porque es engaño manifiesto. El labrador siembra en un tiempo y coge en otro. Así Dios, en las ocasiones y a su tiempo, te ayudará a resistir las tentaciones y te dará, cuando menos lo pienses, santos propósitos y más eficaces deseos de servirle.

Piensen algunos cuando les da la devoción y gusto sensible que son favores de Dios y que ya entonces le tienen, y toda la vida es ansiar por ese regalo; y es engaño, porque no es otra cosa que un consuelo de la naturaleza. (...) De aquí inferirás que aquella devoción y gusto sensible no es Dios ni espíritu, sino cebo de la naturaleza, y así debes despreciarle y no hacer caso, y perseverar con firmeza en la oración, dejándote guiar del Señor, que él te será luz en las sequedades y tinieblas.

No creas cuando estás seca y tenebrosa en la presencia de Dios por fe y silencio que no haces nada, que pierdes tiempo y que estás ociosa. (...) No se ha de decir que está ociosa el alma, porque aunque no obra activa, obra en ella el Espíritu Santo. A más que no está sin ninguna actividad, porque obra, aunque espiritual, sencilla e íntimamente. Porque estar atenta a Dios, llegarse a él, seguir su internas inspiraciones, recibir sus divinas influencias, adorarle en su íntimo centro, venerarle con un pío afecto de voluntad, arrojar tantas y tan fantásticas imaginaciones que ocurren en el tiempo de oración, y vencer con la suavidad y el desprecio tantas tentaciones, todo son verdadero actos, aunque sencillos y totalmente espirituales y casi imperceptibles, por la tranquilidad tan grande con que el alma los produce

Mira si se han de estimar y abrazar las tinieblas. Lo que debes hacer en medio de ellas es creer estás delante del Señor y en su presencia, pero ha de ser con una atención suave y quieta. No quieras saber nada ni buscar regalos, ternuras ni sensibles devociones, ni quieras que hacer otra cosa que el divino beneplácito, porque de otro modo no harás en toda tu vida otra cosa que círculos y no darás un paso en la perfección.

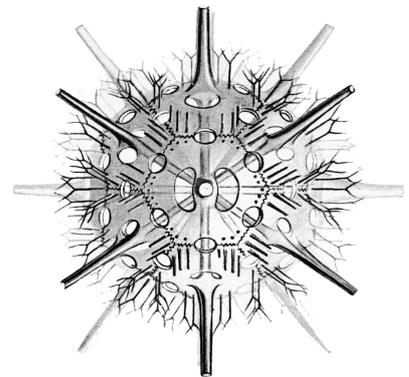
Alquibla: la dirección de la Kaaba en la ciudad de La Meca, hacia donde todo musulmán vuelve su rostro cuando reza. Sin embargo en la terminología sufí el término *qebleh* es la Faz y la Belleza absoluta de Dios, hacia la cual todas las criaturas, consciente o inconscientes, dirigen la mirada: “Adondequiera que os volváis, allí está la Faz de Dios” (Corán 2:115)

JAVAD NURBAKHSI, *Diwan de poesía sufí* p. 360

EL RIESGO DE ORAR

[MARTIN BUBER, *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros II*. Editorial Paidós, Barcelona 1993: p. 127]

Alguien pidió a Rabí Shlomó de Karlín que le prometiera visitarlo al día siguiente. “¿Cómo puedes” respondió el tzadik, “pedirme semejante promesa? Esta tarde debo orar y recitar ‘Escucha Israel’. Mientras digo estas palabras, mi alma se aleja hasta el borde mismo de la vida. Después viene la tiniebla del sueño. Y cuando es de día, la gran Oración Matutina está corriendo por todos los mundos, y finalmente, cuando caigo sobre mi rostro mi alma se inclina sobre la orilla de la vida. Quizá tampoco esta vez muera, pero ¿cómo puedo prometerte algo que habría de hacer en un momento posterior a la oración?”.



Hasidismo: de Hasidim (piadosos) movimiento de renovación judío surgido en Europa del Este en el S. XVIII que antepone la piedad del corazón a la ley y difunde la alegría de saber que Dios está en la raíz de todas las cosas.

Tzadik: maestro de una comunidad jasídica.

medita

Así pues, que nadie os critique por cuestiones de comida o de bebida, ni por lo que respecta a fiestas, novilunios o sábados. Todo eso no es más que sombra de las cosas que han de venir; la realidad es Cristo. “No tomes, no gustes, no toques” se os dice. Pero todo está destinado a perecer con el uso, pues son prescripciones y enseñanzas de hombres, que tienen apariencia de sabiduría por su aire de religiosidad, de humildad y de fortificación personal, pero que sólo sirven para satisfacer el propio egoísmo.

Col 2, 16-17.21-23

Todo esfuerzo por mejorar nuestra conducta moral siempre será loable y nunca debemos conformarnos con lo alcanzado... Pero no debemos olvidar que la vivencia de la fe no se reduce al comportamiento ético sino que lo sobrepasa: para nosotros “la realidad es Cristo” y es esta realidad la que hemos de intentar palpar, saborear, disfrutar, agradecer... No hay sabiduría o tarea humana que, por buena que sea, esté por encima de esta “realidad”. Es más: no tenemos otra realidad, no hay más verdad, más entidad, más ser que Cristo en nosotros. Todo lo demás, a lo sumo, puede ser sombra suya.

Contempla

“Jesús tomó de la mano al ciego y lo sacó de la aldea”

(Mc 8, 23)

(Lee el relato de Mc 8, 22-26)

La fama de Jesús recorre ya toda Galilea. Ya no puede ir a ninguna aldea sin que se junten multitudes a su alrededor. Sin embargo, también empieza a percibir signos de incomprensión y rechazo hacia su propia misión. Algunos sólo quieren ver el signo externo de las curaciones y milagros, pero se cierran a esa semilla de conversión que les ofrece Jesús.

Contempla cómo Jesús agarra con ternura la mano del ciego y lo guía hasta fuera de la aldea buscando un lugar lejos del bullicio para llegar al corazón del enfermo. Pasea con él a tu lado, siéntete de su mano hasta que llegues a ese lugar apartado.

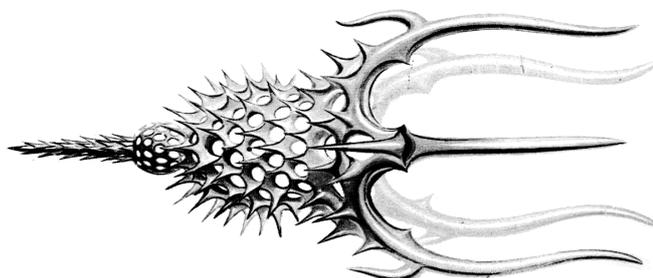
EL CORDÓN UMBILICAL, FUENTE DE VIDA NUEVA

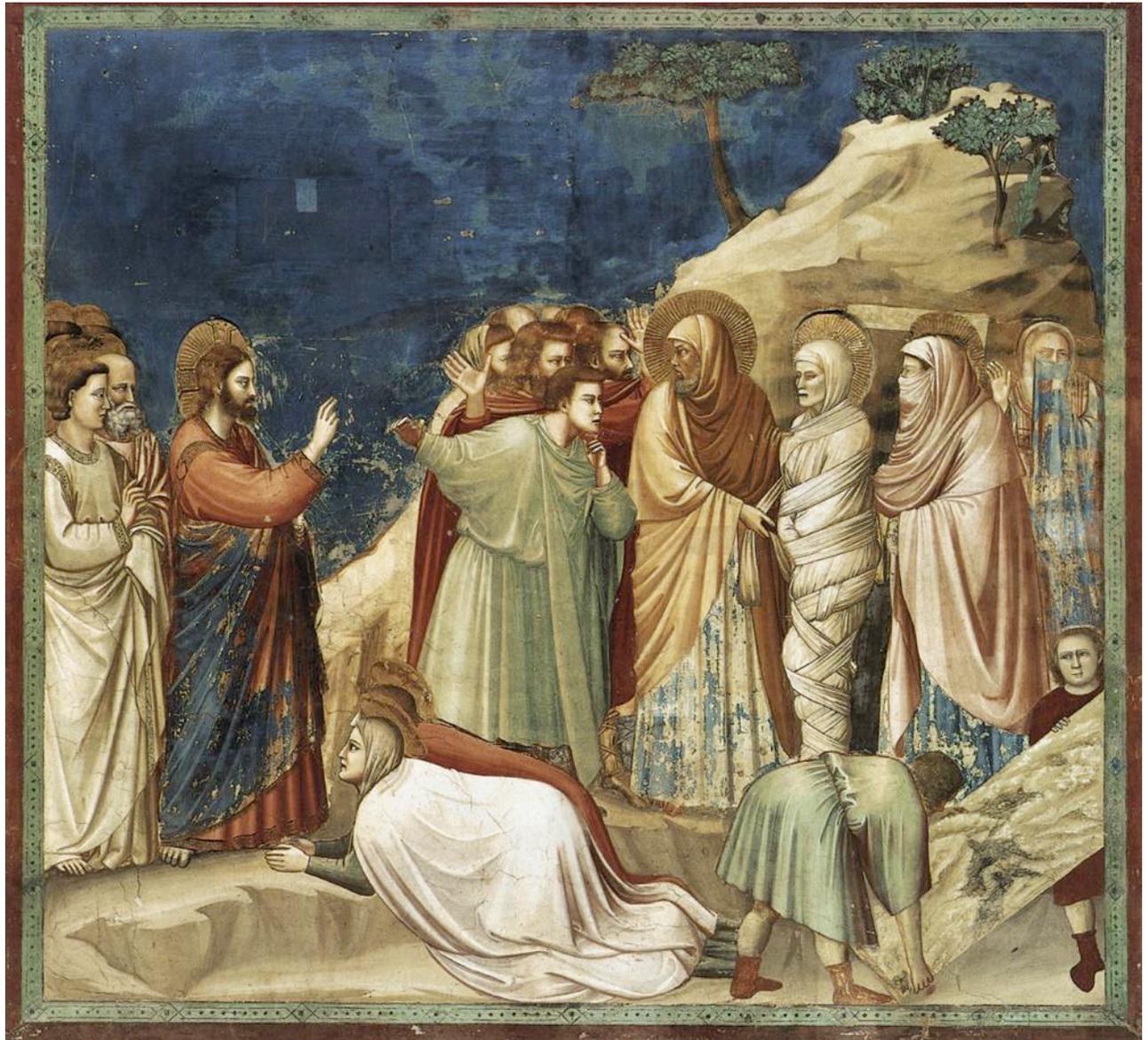
A raíz de algún que otro nacimiento de sangre azul, gran parte de la opinión pública ha conocido uno de los recursos más esperanzadores de la medicina actual: guardar sangre del cordón umbilical del recién nacido. Es una fuente importante de células madre, sin duda uno de los pilares de la futura medicina por ser la base para la regeneración de tejidos.

La Iglesia lleva siglos mostrando sus reticencias a los avances de la medicina. En las declaraciones del magisterio sobre la materia, nos hemos acostumbrado ya a encontrar siempre las sospechas muy por delante de las esperanzas. Y sin embargo, nadie negará que la medicina ha sido durante siglos el auténtico brazo dador de "vida en abundancia" del que se ha servido Dios. Sin querer entrar en debates éticos en torno a los peligros de la medicina genética ni entrar en detalles sobre si tal fuente de células madre es moralmente más aceptable que otras, me gustaría llamar la atención sobre esta imagen tan evocadora que es el hecho de un cordón umbilical guardado capaz de regenerar vida en el futuro.

El cordón umbilical es lo que nos unió a nuestra madre mientras fuimos gestados, generados en su cuerpo. Aunque tras el parto es - muy pronto diremos "era"- desechado junto con la placenta, deja una marca indeleble en todo ser humano: el ombligo. Ese pequeño hueco anudado en nuestro abdomen es el sello que "cerró" nuestro cuerpo, que lo independizó de la carne que nos engendró. De ahí que el cordón umbilical bien puede ser la expresión del doble aspecto esencial que nos constituye: nuestra vinculación al género humano y nuestra individualidad.

Por todo ello, resulta un icono precioso de la nueva creación inaugurada en Cristo. Ya el hecho de que la medicina sea capaz de "regenerar" y no sólo "paliar", indica que se acerca más al proyecto creador de Dios. Con todas sus precauciones, tiene que ser una alegría para el creyente que la humanidad haya alcanzado de lograr un cauce tan maravilloso que, de algún modo, vuelve a darle a Dios una segunda oportunidad de volver a crear (a través de las manos humanas) aquello que la naturaleza con sus leyes había "de-generado". Y es tremendamente bello y sugerente que sea precisamente el cordón que nos alimentó, que nos unió y nos separó del "genero" humano, una fuente privilegiada para dicha re-creación de Dios. Aquello que nos hace ser nosotros mismos (en lo común y en lo distinto con el resto de los hombres) es fuente de curación para el futuro del recién nacido. Queda guardado, almacenado, cuidado con esmero, silenciosamente dormido para ser llamado en su poder generativo si hace falta un día. Del mismo modo que Yahvé, de la costilla del dormido Adán generó a su compañera Eva curando su más grave enfermedad: la soledad. Por cierto, los dos únicos seres humanos que carecieron del cordón umbilical.





La resurrección de Lázaro (1304-1306)
Giotto, (1266-1337)
Frescos de la Capella Scrovegni, Padua (Italia)

DESESPERADAMENTE BUSCO

¿Desesperadamente busco y busco
Un algo, que sé yo qué, misterioso,
Capaz de comprender esta agonía
Que me hiela, no sé con qué, los ojos.

Desesperadamente, despertando
Sombras que yacen, muertos que conozco,
Simas de sueño, busco y busco un algo,
Qué se yo dónde, si supieseis cómo.

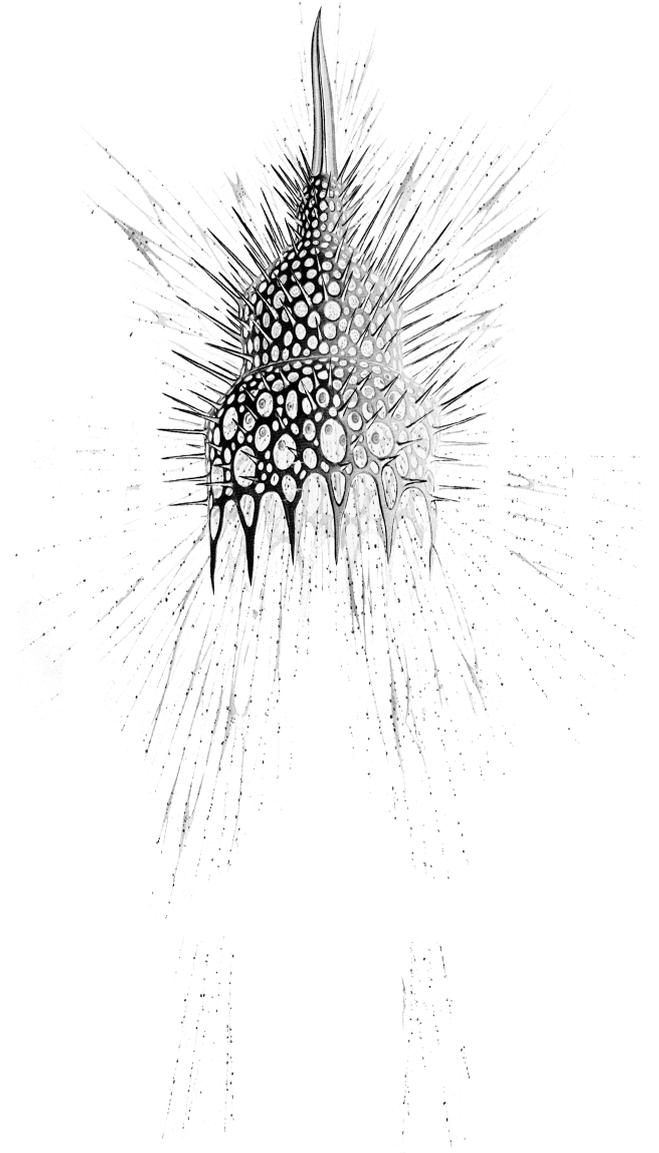
A veces, me figuro que ya siento,
Que sé yo qué, que lo alzo y lo toco,
Que tiene corazón y que está vivo,
No sé en qué sangre o red, como un pez rojo.

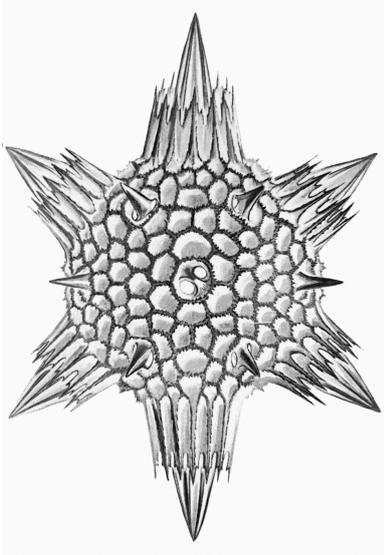
Desesperadamente, le retengo,
Cierro el puño, apretando el aire sólo...
Desesperadamente, sigo y sigo
Buscando, sin saber por qué, en lo hondo.

He levantado piedras frías, faldas
Tibias, rosas azules, de otros tonos,
Y allí no había más que sombra y miedo,
No sé de qué, y un hueco silencioso.

Alcé la frente al cielo: lo miré
Y me quedé, ¡Por qué, oh Dios!, dudoso:
Dudando entre quien sabe, si supiera
Qué sé yo qué, de nada ya y de todo.

Desesperadamente, esa es la cosa.
Cada vez más sin causa y más absorto
Qué sé yo qué, sin qué, oh Dios, buscando
Lo mismo, igual, oh hombres, que vosotros.



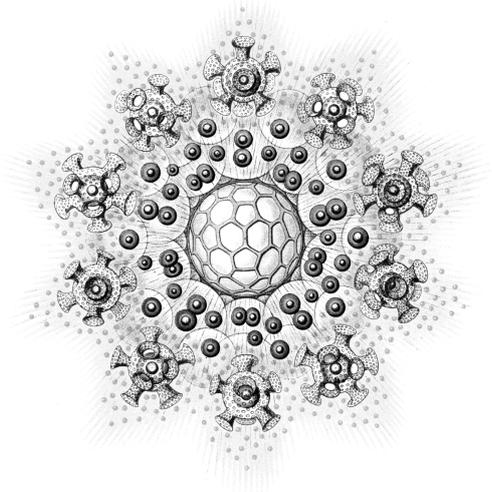


¡ Señor,
sí no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Sí estás por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible.
Pero, ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?
¿Quién me conducirá hasta allí para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te ví, Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro...
Enséñame a buscarte
y muéstrate a quien te busca.
Deseando, te buscaré
y buscándote, te desearé.
Amando, te hallaré;
y encontrándote, te amaré.

San Anselmo

Quien en todas partes está como en casa
es digno de Dios;
y quien en todo tiempo permanece uno,
a ese se le presenta Dios;
y en quien han callado todas las criaturas,
allí Dios engendra a su Hijo unigénito.

Quien está solo siempre
es digno de Dios,
y quien está siempre consigo mismo,
Dios está con él.
Y quien siempre se halla en un ahora presente
Dios Padre engendra en él a su hijo,
sin descanso.



Maestro Eckhart